



EL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

*Cor meum ibi cunctis
diebus.*

«Mi corazón estará allí
todos los días.»

(III Reg. IX, 3.)

SAN Pablo deseaba para los habitantes de Éfeso que conocieran, mediante la gracia del Padre, de quien procede todo don, la incomparable ciencia de la caridad de Jesucristo para con los hombres. Nada podía desearles más santo, nada más hermoso, nada más importante. Conocer el amor de Jesucristo, llenarse de su plenitud, éste es el reino de Dios en el hombre. Ahora bien; éstos son precisamente los frutos de la devoción al Corazón de Jesús, que vive y nos ama en el Santísimo Sacramento. Esta devoción es el culto supremo del amor. Es el alma y centro de toda la Religión, pues la Religión no es más que la ley, la virtud y la perfección del amor, y el Sagrado Corazón encierra la gracia, el modelo y la vida de este amor. Estudiemos este amor en presencia de aquel foco en que se consume por nosotros.

La devoción al Sagrado Corazón tiene un doble

objeto: propónese desde luego honrar, por medio de la adoración y del culto público, el Corazón físico, el Corazón de carne de Jesucristo; y tiende en segundo lugar á honrar aquel amor infinito hacia el hombre, en que ardió siempre este divino Corazón, y que le consume todavía en el Sacramento de nuestros altares.

I

De todos los órganos más importantes del cuerpo humano, el corazón es, sin disputa, el más noble. Hállase colocado en medio del cuerpo, como un Rey en el centro de sus Estados. Está rodeado de los miembros más importantes, que son como sus ministros y oficiales: él los mueve y les imprime actividad, comunicándoles el calor vital de que es receptáculo. Es la fuente de donde emana impetuosamente la sangre que se difunde por todas las partes del organismo, regándolas y refrescándolas. Esta sangre, debilitada y exhausta de los principios vitales, vuelve desde las extremidades al corazón para encender allí otra vez sus fuegos y apropiarse nuevos elementos de vida.

Lo que es verdad tratándose del corazón humano en general, lo es también del Corazón adorable de Jesucristo. Es la parte más noble del cuerpo del Hombre-Dios, unido hipostáticamente al Verbo, y mereciendo por ende el culto supremo de adoración que se debe á Dios sólo. Porque es muy importante notar que, en nuestra veneración, no debemos separar el Corazón de Jesús de la divinidad del Hombre-Dios; está unido á esta divinidad por indisolubles lazos, y el culto que tributamos al Corazón no se

termina en él, sino que pasa á la Persona adorable que lo posee y á que está unido para siempre.

De aquí se sigue que pueden dirigirse á este Corazón divino las oraciones, los homenajes, las adoraciones que dirigimos al propio Dios; que están en un error aquellos que, al oír pronunciar estas palabras, *el Corazón de Jesús*, limitan todos sus pensamientos á este órgano material, no considerando este Corazón sino como un miembro sin vida y sin amor, poco más ó menos como se haría con una santa reliquia; equívocanse también aquellos que piensan que esta devoción divide, fracciona la Persona de Jesucristo, restringiendo al Corazón únicamente el culto que debiera tributarse á toda su Persona. Estos tales no se fijan en que, al honrar el Corazón de Jesús, no suprimimos lo restante del compuesto divino del Hombre-Dios; pues, al honrar su Corazón, lo que queremos es celebrar todas las acciones, la vida entera de Jesucristo, que no es otra cosa que la difusión de su Corazón en lo exterior.

Así como en el sol es donde se forman, y de él emanan los rayos ardientes que fertilizan la tierra y comunican nuevo vigor y vida á los seres que la tienen, así también parten del corazón las dulces y enérgicas influencias que llevan el calor vital y la fuerza á todos los miembros. Si languidece el corazón, todo el organismo languidece con él; si el corazón sufre, todos los miembros también sufren: en tal caso, las funciones se entorpecen y la naturaleza toda del hombre se resiente. La función, pues, del Corazón de Jesús consistió en vivificar, vigorizar, conservar todos sus miembros, todos sus órganos, todos sus sentidos, mediante influencias continuas: de tal modo, que el Corazón de Jesús fué el principio

de las acciones, afectos, virtudes y de toda la vida del Verbo encarnado.

Pues el corazón es el foco del amor, según el sentir de todos los filósofos; y como el móvil de toda la vida de Jesús fué el amor, de aquí que tengamos que referir á su Corazón sacratísimo todos sus misterios y todas sus virtudes. «Tan natural es al fuego el quemar, como al corazón el amar—dice Santo Tomás;—y como en el hombre es el órgano principal del sentimiento, parece conveniente que el acto exigido por el primero de todos los preceptos se haga sensible ó se simbolice por medio del corazón.»

De la propia manera que los ojos ven y los oídos oyen, así también el corazón ama; es el órgano de que se sirve el alma para producir los afectos y el amor. El lenguaje vulgar ha confundido estas dos expresiones, y se emplea la palabra corazón para significar el amor y viceversa. El Corazón de Jesús fué, pues, el órgano de su amor: cooperó en la obra de su amor, siendo el principio y asiento del mismo amor; experimentó todas las impresiones de amor que pueden conmover á un corazón humano, con la diferencia de que, amando el alma de Jesucristo con amor infinito, su Corazón es una inmensa fragua de amor hacia Dios y hacia nosotros; de este gran horno salen de continuo las llamas más ardientes y más puras del amor divino. Estas llamas le abrasaron desde el primer instante de su concepción hasta su último suspiro; y después de la Resurrección no han cesado ni cesarán jamás de abrasarle. El Corazón de Jesús ha producido y produce cada día innumerables actos de amor, cada uno de los cuales da á Dios más gloria que la que puedan darle todos los actos de amor de los ángeles y santos. Es, pues,

entre todas las criaturas corporales la que más contribuye á la gloria del Criador, y que más merece el culto y amor de los ángeles y de los hombres.

Todo lo que pertenece á la Persona del Hijo de Dios es infinitamente digno de veneración. La menor parte de su Cuerpo, la más ligera gota de su Sangre, merece las adoraciones del cielo y de la tierra. Las cosas más viles se hacen venerables, merced al contacto con su Carne, como sucede con la cruz, los clavos, las espinas, la esponja, la lanza y todos los instrumentos de su suplicio: pues, ¿cuánto más venerando será su Corazón, cuya excelencia se funda en la nobleza de las funciones que ejerce, en la perfección de los sentimientos que produce y de las acciones que inspira? Porque no hay que perder de vista que si Jesucristo nació en un establo, si vivió pobre en Nazaret y murió por nosotros, todo esto lo debemos á su Corazón; en este santuario es donde se formaron todas las resoluciones heroicas y todos los divinos propósitos que inspiraron su vida. Su Corazón debe, pues, ser honrado, como debe serlo también el Pesebre donde el alma fiel ve á Jesús al venir al mundo entre la pobreza y el abandono; como debe serlo también la cátedra desde donde Jesús nos intima aquel bondadoso mandato: «Aprended de mí, pues soy dulce y humilde de corazón»; como debe serlo la cruz en que el alma le ve expirar; como debe serlo el sepulcro, de donde sale glorioso é inmortal, y como debe serlo el Evangelio eterno que enseña al hombre á imitar todas las virtudes de que Jesús es acabado modelo.

El alma devota del Sagrado Corazón se consagrará muy especialmente al ejercicio del amor divino,

puesto que este Corazón es, ante todo, el asiento y símbolo de este amor; y como el Santísimo Sacramento es la prenda sensible y permanente del amor, en la Eucaristía es donde el alma encontrará al Corazón de Jesús, y de este Corazón eucarístico aprenderá a amar.

II

Queriendo Jesucristo ser siempre amado por el hombre, debe manifestarle siempre su amor; y así como para vencer y conquistar nuestro corazón, Dios hubo de hacerse hombre, sensible, palpable, así también, para que su conquista quede asegurada, debe continuar haciéndole sentir un amor sensible y humanizado, por decirlo así. La ley del amor es perpetua: su gracia debe serlo también; ese sol de amor no debe ocultarse nunca del corazón del hombre; pues de lo contrario, éste se enfriaría y moriría asfixiado, aterido por los hielos de la muerte y del olvido. El corazón humano no se entrega sino á algo vivo, no se une sino al amor actual que él siente y que le ofrece pruebas actuales de su existencia.

Pues bien; todo el amor de la vida mortal del Salvador, su amor infantil en el Pesebre, su amor lleno de celo apostólico por la gloria de su Padre durante su predicación, su amor de víctima sobre la cruz, todos estos amores se reunieron y triunfaron en su Corazón glorioso que vive en el Santísimo Sacramento. Aquí es donde debemos buscarle para alimentarnos con su amor. También está en el cielo; pero es para los ángeles y los santos ya coronados con la aureola de la gloria. En la Eucaristía está

para nosotros; nuestra devoción, [pues, al Sagrado Corazón debe ser eucarística, concentrarse en la divina Eucaristía como en el único centro personal y vivo del amor y de las gracias del Sagrado Corazón para con los hombres.

¿Por qué separar el Corazón de Jesús de su Cuerpo y de su Divinidad? ¿No es cierto que por su Corazón vive en el Santísimo Sacramento, y que por él se halla su Cuerpo vivificado y animado? Jesús resucitado no muere ya; ¿por qué, pues, separar su Corazón de su Persona, y querer hacerle morir, por decirlo así, en nuestro espíritu? No, no, este Corazón divino vive y palpita en la Eucaristía, no ya con la vida del Salvador pasible y mortal, capaz de tristeza, de agonía y de dolor, sino con una vida resucitada y consumada en la bienaventuranza. Esta imposibilidad de sufrir y morir no disminuye en nada la realidad de su vida; al contrario, la hace más perfecta. Jamás la muerte podría llegar hasta Dios. Es, por el contrario, la fuente de la vida perfecta y eterna.

El Corazón de Jesús vive, pues, en la Eucaristía, puesto que su Cuerpo está allí vivo. Verdad es que este Corazón divino no se hace allí sensible ni visible; pero lo mismo ocurre con todos los hombres. Este principio de la vida debe ser misterioso y hallarse oculto; despojarle de esto sería matarle; no se muestra su existencia sino por los efectos que produce. El hombre no pretende ver el corazón de un amigo; bástale una palabra para cerciorarse de este amor. ¿Qué será, pues, del Corazón divino de Jesús? Se nos manifiesta por los sentimientos que nos inspira, y este debe bastarnos. Por otra parte, ¿quién sería capaz de contemplar la belleza, la bondad de

este Corazón divino? ¿Quién podría tolerar el esplendor de su gloria, los ardores de este foco de amor que consumen y devoran? ¿Quién osaría dirigir su mirada á esa arca divina en donde está escrito en letras de fuego su Evangelio de amor, donde se hallan glorificadas todas sus virtudes, donde su amor tiene su trono y su bondad guarda todos sus tesoros? ¿Quién querría penetrar en el propio santuario de la Divinidad? ¡El Corazón de Jesús! ¡Ah! ¡Es el cielo de los cielos, habitado por el mismo Dios que allí encuentra todas sus delicias!

¡No, no vemos el Corazón eucarístico de Jesús, pero lo poseemos! ¡Es nuestro!

¿Queréis conocer su vida? Pues se distribuye, se comparte entre su Padre y nosotros.

El Corazón de Jesús nos guarda, nos protege; y mientras que el Salvador, encerrado en una débil Hostia, parece dormir el sueño de la impotencia, su Corazón vela: *Ego dormio et Cor meum vigilat*. Vela cuando pensamos y cuando no pensamos en Él; no reposa; continuamente está pidiendo á su Padre perdón para nosotros. Jesús nos escuda con su Corazón y nos preserva de los golpes de la cólera divina provocada por nuestros incesantes pecados; en la Eucaristía, como en la cruz, está su Corazón abierto, y deja caer sobre nuestras cabezas torrentes de gracia y de amor.

Allí está también ese Corazón para defendernos contra nuestros enemigos; bien así como la madre que, para salvar á su hijo de un peligro, le estrecha sobre su corazón, á fin de que el peligro no pueda alcanzar al hijo sin que alcance á la madre. Y aun cuando una madre—nos dice Jesús—pudiera olvidar á su hijo, yo no os abandonaré jamás.

La segunda mirada del Corazón de Jesús es para su Padre. Le adora con sus inefables humillaciones, con su adoración de anonadamiento; le alaba, le da gracias por los beneficios que concede á los hombres sus hermanos; se ofrece como víctima á la justicia de su Padre, y no cesa su oración en favor de la Iglesia, de los pecadores y de todas las almas por él rescatadas.

¡Oh Padre eterno! ¡Mirad con complacencia el Corazón de vuestro Hijo Jesús! ¡Contemplad su amor, prestad oído propicio á sus peticiones, y que el Corazón eucarístico de Jesús sea nuestra salvación!

III

Las razones por las cuales fué instituída la fiesta del Sagrado Corazón, la manera como Jesús ha manifestado su Corazón, nos enseñan además que en la Eucaristía es donde debemos honrarle, y que allí es donde lo encontraremos con todo su amor.

En presencia del Santísimo Sacramento manifiesto recibió la bienaventurada Margarita María la revelación del Sagrado Corazón; en la Hostia consagrada se manifestó á ella el Señor con su Corazón entre las manos, y dirigiéndole aquellas adorables palabras, que son el comentario más elocuente de su presencia en el Sacramento: «He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres!»

Y Nuestro Señor, apareciéndose á la Venerable Madre Matilde, fundadora de una Congregación de Adoratrices, le intimó que amase ardientemente y honrase en lo posible su Sagrado Corazón en el Sacramento, y se lo dió como prenda de su amor, para

que fuera su refugio durante la vida y su consuelo en la hora de la muerte.

Y el objeto de la fiesta del Sagrado Corazón no es otro que honrar con más fervor y devoción el amor de Jesucristo, que sufrió indecibles tormentos por nosotros é instituyó también para nosotros el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

Para penetrar, pues, en el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús, debéis honrar los sufrimientos del Salvador y reparar las ingratitudes de que es objeto todos los días en la Eucaristía.

¡Cuán grandes fueron los dolores del Corazón de Jesús! En él hicieron blanco todas las pruebas que pueden imaginarse: fué víctima de toda clase de humillaciones; las calumnias más soeces atacaron su honra y le trataron con el mayor encarnizamiento; abrumáronle los oprobios y menosprecios. Pero, á pesar de todo, se ofreció porque quiso voluntariamente, y jamás se quejó de ello. Su amor fué más poderoso que la muerte, y los torrentes de la desolación no consiguieron apagar sus ardores. Terminaron ya, sin duda, estos dolores; pero siendo así que Jesús los sufrió por nosotros, nuestra gratitud no debe concluir: nuestro amor debe honrarlos como si se presentaran ahora ante nuestros ojos. ¡Y el Corazón que los sufrió con tanto amor allí está, no muerto, sino vivo, activo; no insensible, sino más amante todavía!

Mas ¡ay! ¡Aunque Jesús no puede ya sufrir, los hombres muestran con Él una ingratitud monstruosa! Estas ingratitudes hacia un Dios presente, que vive con nosotros para conseguir nuestro amor, ¡ah! he aquí el supremo tormento del Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento.

El hombre es indiferente á ese don supremo del amor de Jesús; ni lo tiene en cuenta, ni piensa siquiera en él; ó, si á pesar suyo piensa en ello alguna vez, si Jesús quiere despertarle de su letargo, procura rechazar de su mente este pensamiento importuno. ¡El hombre no quiere para nada el amor de Jesucristo!

Es más; aunque apremiado por la fe, por los recuerdos de su educación cristiana, por el sentimiento que Dios ha puesto en el fondo de su corazón de adorar en la Eucaristía á Jesucristo como á su Señor y de consagrarse á su servicio, el impío se levanta contra este dogma, el más amable de todos: llega hasta negarlo, hasta apostatar, para no tener que adorarlo, para no verse precisado á sacrificarle un ídolo, una pasión, para vivir sujeto á vergonzosas inclinaciones.

Su malicia va más lejos todavía; no se contenta con negar; ¡pero ni aun retrocede ante el crimen de renovar los horrores de la Pasión del Salvador!

¡Y se ven cristianos que menosprecian á Jesús en el Santísimo Sacramento, á ese Corazón que tanto los ha amado y que se consume en amor por ellos! ¡Para menospreciarle se aprovechan del velo que le oculta!

Le insultan con sus irreverencias, con sus pecaminosos pensamientos, con sus criminales miradas en su presencia. ¡Se prevalen, para insultarle, de esa paciencia inalterable, de esa bondad sin límites que lo sufre todo en silencio, como sufrió á los soldados impíos y á los esbirros de Caifás, Herodes y Pilato!

Blasfeman sacrilegamente contra el Dios de la Eucaristía, y saben que su amor le prohíbe hablar,

¡Llegan hasta crucificarle en su alma culpable, pues le reciben indignamente! ¡Osan tomar ese Corazón vivo y sujetarlo á su cadáver infecto, entregándolo al demonio que los domina!

¡No, jamás Jesús, en los días de su Pasión, sufrió tantas humillaciones como en su Sacramento! La tierra es para Él un calvario de ignominia.

¡Ah! ¡En su agonía buscaba á alguien que le consolase; en la cruz pedía que alguien se compadeciese de su dolor; hoy más que nunca es necesaria la satisfacción, la reparación de honor hacia el Corazón adorable de Jesucristo! Rodeemos la Eucaristía con nuestras adoraciones, con nuestro amor. Al Corazón de Jesús, vivo en el Santísimo Sacramento, ¡honor, alabanza, adoración y dignidad real por los siglos de los siglos!



EL CIELO DE LA EUCARISTIA

Eccc ego creo coelos novos, et gaudēbitis et exultabitis in sempiternum in his quae ego creo.

«He aquí que yo creo nuevos cielos, los cuales llevarán para siempre á vuestro espíritu la alegría y regocijo.»

(ISA., LV. 17.)

I

CUANDO Jesucristo subió al Cielo en el día de la Ascensión, fué á tomar posesión de su gloria y á prepararnos en ella la parte que nos corresponde. Con Jesucristo la humanidad redimida entra en el Cielo: sabemos que ya no nos está prohibida la entrada, como lo estaba antes de la Redención, y esperamos el día en que sus puertas se abran ante nosotros. Esta esperanza nos sostiene y fortalece. En rigor pudiera bastar ella para que hiciéramos una vida cristiana, y, para no perderla, debiéramos sufrir todas las tristezas de la vida. Sin embargo, para conservar en nosotros y hacer más

eficaz esa esperanza del Cielo, para que esperásemos sin impaciencia el Cielo de la gloria y para conducirnos á él, creó Jesucristo el hermoso Cielo de la Eucaristía. Porque la Eucaristía es un hermoso Cielo, el comienzo de la gloria. ¿No es la Eucaristía el mismo Jesús glorioso que viene del Cielo á la tierra, y que trae consigo la gloria de la mansión celestial? ¿No está el Cielo allí donde está Jesucristo Nuestro Señor? Su estado, aunque velado á nuestros sentidos, es allí glorioso, triunfante, bienaventurado: nada hay allí de las miserias de la vida, y, cuando comulgamos, recibimos el Cielo, puesto que recibimos á Jesús, causa y principio de toda la felicidad y gloria del Paraíso celestial. ¡Qué gloria para un súbdito el recibir y hospedar á su Rey! ¡Así, pues, tengamos á honra y gloria el recibir al Rey del Cielo! Jesús viene á nosotros para que no nos olvidemos de nuestra verdadera patria, ó bien, para que, pensando en El, no muramos á causa del deseo y del tedio. Viene y permanece corporalmente en nuestros corazones mientras dura el Sacramento; luego, una vez destruidas las especies, remóntase nuevamente al Cielo, pero queda en nosotros por su gracia y por su presencia de amor. ¿Por qué no permanece más tiempo? Porque la condición de su presencia corporal es la integridad de las santas especies.

Jesús, al venir á nosotros, nos trae las flores y los frutos del Paraíso. ¿Cuáles son? Yo no lo sé; no se ven, pero se percibe su perfume. Nos aporta también sus méritos glorificados, su espada victoriosa de Satanás; nos entrega asimismo sus armas para que de ellas nos sirvamos; sus méritos, para que añadamos los nuestros haciéndolos fructificar. La Eucaristía es la escala, no de Jacob, sino de Jesús,

que sube y baja continuamente por ella para nuestro bien. Jesús está en continuo movimiento hacia nosotros.

II

Pero veamos cuáles son en particular los bienes celestiales que nos regala Jesús cuando le recibimos.

Desde luego, la gloria. Es verdad que la gloria de los Santos y Bienaventurados es una flor que no se abre sino al sol del Paraíso y bajo la mirada de Dios; esta gloria exuberante, esplendorosa, no podemos tenerla acá en la tierra: ¡seríamos dignos de adoración! Pero recibimos el germen oculto que la contiene totalmente, como la simiente encierra la espiga. La Eucaristía deposita en nosotros el fermento de la resurrección, la causa de una gloria especial y más esplendente, y, sembrada en la carne corruptible, brillará luego sobre nuestro cuerpo resucitado é inmortal.

Además, nos comunica la felicidad. Nuestra alma, al entrar en el Cielo, al punto se ve en posesión de la bienaventuranza del mismo Dios, sin temor de perderla ni de que disminuya. Mas en la Comunión, ¿no recibís también algunas partículas de esta verdadera felicidad? No se nos da toda entera, para que no dejemos de pensar en el Cielo; pero ¡de qué paz, de qué dulce y santa alegría no os halláis inundados después de la Comunión! Cuanto más desprendida se halle el alma de los afectos terrenos, más gozará de esta alegría, y almas hay tan felices, tan gozosas después de la Comunión, que su cuerpo llega á resentirse.

En fin, los bienaventurados participan del poder de Dios. Pues bien, el que comulga con gran deseo de unirse á Jesucristo, siente un supremo menosprecio por todo aquello que no es digno de sus afectos divinizados. Domina y se sobrepone á todo lo que es terrestre: en esto consiste el verdadero poder, la verdadera pujanza del espíritu. Entonces es cuando la Comunión hace remontar al alma hacia Dios. La oración se define: Una ascensión de nuestra alma hacia Dios. Mas, ¿qué es la oración comparada con la Comunión? ¡Cuán lejos se halla esa ascensión de pensamientos y deseos respecto de la ascensión sacramental por la cual Jesús nos eleva con El hasta el seno de Dios!

El águila, para que los aguiluchos se habitúen á volar en las más altas regiones, les presenta su alimento desde grande altura de donde ellos se hallan, y, elevándose siempre á medida que ellos se acercan, los hace subir insensiblemente hasta las mayores alturas.

Así también Jesús, Águila divina, viene á nosotros, nos trae el alimento que necesitamos, y luego Él sube y nos invita á seguirle. Nos colma de dulzuras, para hacernos desear la felicidad del Cielo; suaviza nuestro carácter con el pensamiento de la gloria.

¿No notáis que, cuando poseéis á Jesús en vuestro corazón, deseáis el Cielo y despreciáis todo lo demás? Quisierais morir en aquella hora para unirnos eternamente con Dios. Aquel que no comulga sino raras veces no puede desear á Dios tan vivamente, y teme la muerte. En el fondo este pensamiento no es malo; pero si tuvieseis la certeza de ir seguidamente al Cielo, entonces, ¡ah! ¡no querríais permanecer un

cuarto de hora más sobre la tierra! En un cuarto de hora en el Cielo, amaríais más á Dios y le glorificaríais más que durante la más larga vida sobre la tierra.

Así, pues, la Comunión nos prepara para el Cielo. ¡Qué gracia tan grande la de morir después de haber recibido el santo Viático! Bien sé que la contrición perfecta nos justifica y nos da derecho al Cielo; ¡pero debe ser mucho mejor partir en compañía de Jesús, y ser juzgado por su amor, unido todavía, por decirlo así, á su Sacramento de amor! Así es que la Iglesia quiere que sus ministros administren el santo Viático, aun en el último momento, al penitente bien dispuesto, aun cuando hubiese perdido el uso de los sentidos; ¡tal es el deseo de esta buena Madre de que sus hijos vayan bien aprovisionados para este terrible viaje!

Pidamos á menudo la gracia de recibir el santo Viático antes de morir: ésta será la prenda de nuestra eterna felicidad; y San Juan Crisóstomo asegura en el libro del *Sacerdocio* que los ángeles esperan, á su salida del cuerpo, las almas de aquellos que acaban de comulgar: en consideración á este Sacramento divino, los rodean y acompañan como buenos amigos hasta el trono de Dios.

